

SONATA EN BERGMAN CONSERVADOR

LAS élites también tienen sus mitos. Más complejos, menos alineados, pero mitos al fin. Durante muchos años, se ha leído, se ha oído decir, por ejemplo, que Ingmar Bergman en su cine retrata y analiza como ningún otro "el alma femenina", como si ese órgano, de existir, fuera atemporal, ahistórico, aun partiendo del sobreentendido de que es el alma de la mujer de Occidente, y de esa difusa y extendida clase media burguesa, la única, por otra parte, que ha interesado a artistas e intelectuales. A mí, como mujer, como intelectual y como artista, el planteo dramático de la tan esperada "Sonata de otoño" me ha defraudado, por conservador y finalmente reaccionario, a pesar de las habituales excelencias técnicas y de la belleza de sus ambientaciones. Hace tiempo que los melodramas de Bergman deslumbran más que nada por los elementos plásticos, pero que a fuerza de autocomplacientes (y complacientes para con su actriz favorita, Liv Ullmann) se convierten en tícs. Sin embargo, este film me ha parecido el más convencional de todos, especialmente en eso que tanto se ha querido admirar en Bergman: su descripción de los personajes femeninos. No es de extrañar: el mundo está lleno de falsas revoluciones, incoherencias y contradicciones: las mujeres que colaboraron a derrocar el régimen del Sha Pahlevi, en Irán, son las mismas que durante estos días, airadas, se manifiestan —aparentemente sin éxito— contra la obligación de usar el chador, o sea, el velo negro, impuesta por el "revolucionario" "ayatollah" Jomeini, quien al mejor estilo del señor feudal (o del abusivo jeque) establece las normas, dicta las leyes, cubre a las mujeres, las oculta, con el estúpido pretexto de "protegerlas mejor" de la avidez masculina. Otra vez las mujeres han sido "compañeras de ruta" a las que se devuelve al redil una vez logrados los objetivos. Más sutil, pero densamente pelgroso, el film de Bergman también manda a las mujeres al hogar, a criar a los hijos, a abandonar las veleidades artísticas: una mujer no puede conciliar arte y hogar sin afectar visiblemente al destino de sus hijas. Es increíble la cantidad de trastornos que puede crear una mujer pianista (Ingrid Bergman) sólo por dedicarse un poco más a su profesión que a sus tareas de madre: Eva (Liv Ullman) será para siempre una mujer rencorosa, poco sexual, dependiente y tracsada, y la otra hija, en el delirio castigador de Bergman, una absoluta tarada. Me parece que por haber salido un poco de casa para tocar el piano y quizá por tener un poco de éxito, el precio es excesivamente alto. Conclusión: abandone usted el piano, la literatura (ni qué decir la ciencia), si desea ser una buena esposa y una mejor madre.

Espero que el próximo film de Bergman sea algo más audaz: según informa la prensa (uno no se explica cómo se anima a salir a la calle sin velo y abandonando el sacrosanto hogar, pero siempre se insinuó que la prensa era algo putilla), ya se han inventado unos nuevos anticonceptivos, éstos sabiamente diferenciados: sólo permiten concebir hijos varones. Las alemanas (esas malas mujeres que publican una revista feminista de largo tiraje) han bautizado el invento con el nombre de "píldoras antiniñas". Bergman, que siempre quiere estar al día con los temas psicológicos y sociales (aparentemente, aunque a veces se le atrasan algunos números: está muy ocupado en fotografiar morosamente a sus actrices favoritas), podrá solucionar definitivamente el problema de las mujeres-artistas que abandonan cruelmente el hogar (los varones no lo abandonan jamás, en "Sonata de otoño": han encontrado unos sofás muy cómodos y tremendamente fotogénicos): eliminando a las niñas en los próximos cincuenta años. Si no nacen niñas no habrá esposas descarriadas, más enamoradas de su piano que de sus hijas. ■



Jeep de la Guardia Civil volado en Gulpúzcoa.

día Civil (pues el bandolerismo es un terrorismo campesino), aparte del Somatén, que practicaron a su vez un terrorismo oficial u oficioso.

En el millón de muertos de la guerra civil los historiadores distinguen la existencia de unos cincuenta mil homicidios, cometidos entre ambos bandos, que corresponden a asesinatos políticos. Manuel Azaña los individualiza gráficamente con estas palabras: "En los territorios ocupados por los nacionalistas fusilaban a los francmasones, a los profesores de Universidad y a los maestros de escuela tildados de izquierdismo, a una docena de generales que se habían negado a secundar el alzamiento, a los diputados y ex diputados republicanos y socialistas, a gobernadores, alcaldes y a una cantidad difícilmente numerable de gentes desconocidas; en el territorio dependiente del Gobierno de la República caían frailes, curas, patronos, militares sospechosos de fascismo, políticos de significación derechista".

Del actual terrorismo

Francisco Ayala, que entre otras cosas sabe de sociología, acaba de declarar sensatamente: "Yo, que he vivido tantos años fuera, puedo decir que la realidad de nuestro país no es tan excesivamente mala como algunos se empeñan en sostener. Tenemos problemas, claro, pero algunos de ellos, como el del terrorismo, es un fenómeno a esca-

la mundial. Hubiera sido igual con Franco —en realidad el terrorismo de nuevo estilo comenzó bajo su poder— e incluso peor, porque es posible que los terroristas hubieran encontrado muchas más simpatías en grandes sectores que se sentían oprimidos por la dictadura". Razón tiene asimismo la Iglesia (que en el pasado repetidas veces incurrió en ese error) al sostener que tampoco estos problemas se arreglan con condenaciones verbales ni con adjetivos altisonantes.

Habría que mirarse en el espejo del otro país terrorista de Europa, Italia, para saber algo más sobre las trastiendas del terrorismo. Recién ahora, gracias a magistrados íntegros y una sostenida opinión pública esclarecida, se termina de saber que el horrendo atentado de la plaza Fontana de Milán, del 12 de diciembre de 1969 (que se atribuyó a los anarquistas), había sido cometido por agentes del SID (servicio policial secreto) del mismo Estado italiano...

En una nota anterior destacábamos que lo peligroso en España, y en cualquier parte, es pretextar el terrorismo de unos pocos para afectar la libertad de todos en forma irreparable.

Las epidemias, como las epidemias, tienen explicación científica, y es muy posible que en un futuro relativamente próximo tanto Italia como España sean "países normales", superándose un pasado lamentable y sorteando los posibles errores de quienes se empeñan en no conocer la historia de su propia tierra. ■